III Encuentro de Investigación en Humanidades

"Ficción, imaginación y figuras de la temporalidad"

Modalidad virtual por zoom

Co-organizado por el Grupo interpretación de Metahistorias de la FFyL – UBA, el Grupo de Investigación en Filosofía de la Historia, Epistemología y Semiótica de la FAHU – UNMDP y el Proyecto de Investigación "La experiencia estética más allá del arte: entre afectividad y moralidad" (04H/179) FAHU – UNCo.

Título de la ponencia: "Anotaciones sobre la imaginación pensada como sana y patológica desde la filosofía de Paul Ricoeur"

Autor: Juan Franco Vidal (UNCo)[1]

1. Introducción

En el presente trabajo me interesa indagar en el fenómeno de la imaginación, pensada como "sana" o "patológica", en un nivel individual y colectivo. Para ello retomaré dos escritos de Paul Ricoeur: *Lo voluntario e involuntario* (1950), y el artículo "La imaginación en el discurso y en la acción" (1976). Si bien el autor brinda ideas y descripciones de dichos conceptos, no son, con todo, objeto de un análisis exhaustivo. En tal sentido, me propongo reconstruir una posible delimitación de dichos términos, para dejar planteadas, a modo de conclusión, algunas reflexiones e interrogantes finales.

2. Imaginación social sana y patológica: el caso de la ideología y de la utopía

La indicación de Ricoeur sobre esta doble valoración de la imaginación, concebida como sana o patológica, se encuentra en el texto "La imaginación en el discurso y en la acción" (Ricoeur, 2002). Es un artículo de 1976[2], que condensa investigaciones previas, en las que la cuestión de la imaginación se encuentra presente, pero entrecruzada con otros enfoques que harían de ella un tema ocasionalmente principal. En este escrito Ricoeur replantea algunas de

[1] jfranco.vidal@gmail.com

[2] "L'imagination dans le discours et dans l'action", en *Savoir, faire, espérer: les limites de la raison*, Publication des Facultés Universitaires. Saint-Louis.

sus hipótesis previas a través del problema de la imaginación. En efecto, aparece vinculada a la voluntad individual, y a las diferentes funciones "ficticias" del lenguaje que poseen una configuración apta para la redescripción imaginativa de la realidad y la propia vida, sea el símbolo o el mito –no comentados en este escrito, perosupuestos–[3], la metáfora o la narración, cuestión ésta última que se agrega en el artículo, adelantando ideas de su obra *Tiempo y narración*.[4]

Además, Ricoeur suma una discusión en torno a la imaginación en su funcionamiento social. Un análisis completo de la imaginación debe extenderse más allá de su inserción en los problemas de la voluntad individual, y de la hermenéutica de los textos, así como de su mutua vinculación. Esto quizá pueda pensarse como el resultado de otras reflexiones previas. Me refiero específicamente a un artículo de 1968[5], en el que Ricoeur propone avanzar desde una antropología que enfoca a la voluntad desde un plano fenomenológico e individual, hacia uno de tipo dialéctico, es decir, práctico, ético, político. Ya con esto estaba adelantando su futura indicación de que "la acción es mucho más que la voluntad" (Ricoeur, 2007). Estar en el ámbito de la imaginación social implica entonces un enfoque sobre la voluntad que es dialéctico en el sentido hegeliano: la lucha por el reconocimiento, la acción que es social por cuanto repercute en el otro. ¿Por qué Ricoeur menciona aquí el funcionamiento sano y patológico de la imaginación? ¿Es posible pensar en tales modos de la imaginación en el plano individual de la voluntad, y también en el plano del texto? ¿Qué posibles relaciones pueden ser pensadas? Con estas preguntas realizo las puntualizaciones que siguen.

Ricoeur (2002) plantea que para pensar esta dimensión social de la imaginación, es necesario partir del principio de analogía del yo, retomado de Husserl, por el cual las

[3] "El símbolo da que pensar", 1959.

[4] La metáfora es el resultado del choque entre campos semánticos "extraños" entre sí, de acuerdo al uso práctico y proposicional del lenguaje, es decir, un uso no poético. La imaginación es la que provee de "imagen" a dicho conflicto. La metáfora evoca así una "resonancia poética", un cierto despertar de imágenes que se evocan entre sí y se refieren a un todo sensible e inteligible del individuo, que piensa, siente, recuerda. Lo importante es que la metáfora posee una "vehemencia ontológica", es decir que, si bien su sentido es interno al texto, éste va más allá del lenguaje y hace aparecer a la realidad de otro modo, hasta con otras entidades y relaciones. La idea de tener una experiencia estética con la metáfora indica este proceso de ampliación de mundo. De la palabra surge la imagen, que de algún modo aparece en el mundo; sólo vemos en la medida en que nombramos. En el caso de la narración, la redescripción del mundo refiere principalmente al ámbito de la acción humana. Hay *mimesis* regulada por la configuración de una trama en la que se entrelazan personajes, acciones y emociones. Hay representación de vidas humanas, con las que se pueden ensayar, imaginariamente, valores, cursos de acción, formas de vida.

[5] "El problema de la voluntad y el discurso filosófico" en Ricoeur, 2006.

personas le atribuyen una existencia yoica –cabría agregar: con sus goces y sufrimientos– tanto al prójimo que se nos enfrenta a diario, como a aquel que nos ha precedido y nos sucederá. Este acto de imaginación es el que nos permite concebir al otro como un sí mismo arrojado a la historia y al tiempo, es decir, como nuestro semejante. Sin esta imaginación, ninguna comunidad o institución nos es posible. Es por esto que ser social es pensar e imaginar con sentido tanto en el pasado como en el futuro, en la deuda y en la responsabilidad. Sólo es posible si poseemos el principio que nos permite salir de nuestra individualidad y pensar históricamente, colectivamente. La *imaginación socialsana* tiene un funcionamiento esencialmente integrativo o regulativo de las personas en su relación con la comunidad y el sentido histórico. La *ideología* es la que permite la integración y la cohesión social[6], con referencia al pasado, mientras que la *utopía* tiene una función crítica y regulativa, relacionada con el futuro, propuesto al mismo tiempo como denuncia del presente. Pero ambas pueden ser también *patológicas*, en la medida en que alejan al sujeto del reconocimiento de su semejante, de su condición social y comunitaria, y por lo tanto, imposibilita la mutua relación realista, productiva y dativa, sea contemporánea o no.

La utopía es, antes que una propuesta práctica y ritual –como la ideología–, una narración, el planteamiento de un "no lugar" desde donde podemos visualizar nuestro presente e imaginar otros mundos posibles. La utopía, como práctica imaginativa *sana*, parte de una necesidad de crítica y de transformación del presente, que se puede pensar desde ya cooptado por la ideología patológica. Pero las utopías pueden ser patológicas al ser poco realistas, excesivamente perfeccionistas. La ideología es patológica porque esconde la verdad –y con ella, todo lo demás– y plantea un sustituto invertido que le sirve a algunos pocos; la utopía, porque postula un ideal que antes de animar a la acción política, la desanima, cual voluntad siempre inconforme, que ante la frustración buscará refugiarse en nuevas proyecciones idealistas o en la cómoda crítica misántropa, todo a través del *texto*. La utopía merece en este punto una especial atención, puesto que, a diferencia de la ideología, que es "anónima", la utopía está escrita. Es en la figura del *autor* –del relato utópico–, ala que

[6] "Parece ligada a la necesidad de un grupo cualquiera de darse una *imagen* de sí mismo, de 'representarse', en el sentido teatral de la palabra, de ponerse en juego y en escena. Quizá no exista grupo social sin esta relación indirecta con su propio ser a través de una representación de sí mismo" (2002:212). Esto es lo que en el artículo de un año después, en 1977, "La estructura simbólica de la acción" (en Ricoeur, 2016), denominará como simbolismo constituyente de la sociedad, retomando, nuevamente, como en esta ocasión, a Lévi-Strauss.

Ricoeur le atribuye una "patología individual" de la imaginación, apoyada en el texto. Comparto a continuación, para apoyar la idea anterior, un pasaje de su artículo (2002), algo oscuro, pero interesante:

> La utopía tiende a la esquizofrenia como la ideología tiende al disimulo y a la distorsión. Esta patología tiene sus raíces en la función excéntrica de la utopía. Desarrolla, al estilo de una caricatura, la ambigüedad de un fenómeno que oscila entre el fantasma y la creatividad, la huida y el retorno. "Ningún lugar" puede, *o no*, orientar hacia "aquí y ahora" ¿Pero quién sabe si tal o cual modo errático de existencia no es la profecía del hombre del futuro? ¿Quién sabe, inclusive, si un determinado grado de patología individual no es la condición del cambio social, en la medida en que esta patología trae a la luz la esclerosis de las instituciones muertas? Para decirlo de una manera más paradójica: ¿quién sabe si la enfermedad no es a la vez la terapia? (p. 217).

La utopía "sana" es "patológica" porque es "esquizofrénica": a la vez que vuelve el fantasma –traumático–, hay huida creativa –de lo posible–, en un ida y vuelta que denuncia y que propone. Es la propuesta de "un modo errático de existencia", que proviene de un cierto grado de "patología individual". Puedo asimilar aquí patología con la idea del "retorno", y del "fantasma", es decir, con el trauma y el sufrimiento. Una sensibilidad ensoñadora y crítica, que al tiempo que está aquí ya no lo está. Una imaginación "patológica", por esta condición errática, pero que "quién sabe si no trae a la luz la esclerosis de las instituciones muertas". Es una imaginación a la que le vuelve como *pathos* el evento del mal –real y verdadero en el mundo, quizás, sobre todo, en las instituciones–, y una imaginación ensoñadora del futuro a la par de una crítica –ideológica– del presente. Por lo tanto, este uso "enfermo" de la imaginación, que a su modo mantiene vivo al tiempo histórico, es tenido por ello mismo como "terapéutico", en tanto otredad en donde se manifiesta la denuncia de la descomposición social y la propuesta de otro modo de ser. En definitiva, los límites entre lo sano y lo patológico cobran en este caso un lugar menos claro, lo que amenaza en cierto modo a la pertinencia del análisis en tanto estrictamente dicotómico, y obliga a pensar en lo sano y lo patológico como inevitablemente inmiscuidos entre sí, esto es, como una paradoja, tal como la concibe Ricoeur. Si no se pueden pensar a lo sano y a lo patológico como separados, cabe preguntarse entonces "cómo es lo sano *en* lo patológico" o "cómo es lo patológico *en* lo sano". Volveré en la conclusión sobre este punto.

3. Imaginación individual sana y patológica: proyección realista y activa frente al sufrimiento autoimpuesto

Las menciones a la imaginación en *Lo voluntario e involuntario,* obra de1950, son múltiples. En esta obra, Ricoeur dejará de lado la dimensión "real" de la vida humana, esto es, el plano ético, el de la acción, en donde ocurre el mal moral. Este libro se propuso como la primera obra de un proyecto de tres volúmenes. Su objetivo, elaborar una descripción pura de la voluntad para, en futuras obras, comprender a la *mala voluntad*, en tanto causa del mal. Con una clara influencia cristiana, el mal es pensado aquí más como pecado que como mal moral, pero cualquiera de las dos variantes sirve para concebir una primera forma patológica de la imaginación. Es en la realidad empírica donde se da el mal efectivo, porque su causa es la real y humana voluntad *pasional*: "[l]a ambición, el odio, [etc.], son la voluntad misma, la voluntad con su rostro cotidiano, concreto, real" (2008:33). Dicho en otras palabras, el mal moral estaría ocasionado por un querer pasional, que equivale a un querer *patológico*, valga la redundancia. Pero "(…) las pasiones (…) proceden del centro mismo de la voluntad y no del cuerpo; la pasión encuentra su tentación y su órgano en lo involuntario, pero el vértigo procede del alma" (*Ídem.*). Las pasiones son posibles a través de la imaginación, ya que ésta se impone a la conciencia y al deseo desde el resentimiento, la fantasía, la obsesión, la mentira. Las pasiones son "persecución del viento" (p. 36):

> La carencia del hambre, comparada con la sospecha del celoso, que se nutre de su propia ficción, es aún una especie de plenitud, lo pleno de una verdadera estrechez, y una suerte de verdad del cuerpo con respecto a ese vacío que es la vanidad y la mentira del alma. (p.36).

Son las pasiones entonces las que están inmiscuidas en el mal moral, por cuanto éste es tenido por un rechazo o una contrariedad respecto a los valores públicos –la ley o el bien, depende cómo se mire– y los suplantan por la propia vanidad y el propio ego, que exagera el amor de sí hacia una dimensión antisocial. La imaginación es la que establece esta "oscura religión del sufrimiento" (p. 36) pasional, puesto que el sujeto que así imagina y desea se encuentra de algún modo preso de sí mismo, esto es, padece de sí mismo, al tiempo que abraza su condición y hasta le sirve de excusa para el mal o la irresponsabilidad. Es cierto, afirma

Ricoeur, que las pasiones alienan, consumen, pero siempre hay una libertad detrás que las consienten. De acuerdo con esto, el uso patológico de la imaginación se resuelve con un sentido literal: es la imaginación que le da vida a las pasiones, que son a su vez, en cierta medida, padecidas.

Este uso de la imaginación se encuentra aunado con el deseo, puesto que las pasiones mantienen una suerte de obsesión por un determinado objeto, comportamiento o forma de vida. Pero también la imaginación puede y debe estar al servicio del deseo y del proyecto individual de un modo "sano". No obstante, en esta obra, Ricoeur afirma que la imaginación no es esencial al proyecto, puesto que éste necesita en principio de la "designación en vacío", por la cual no necesariamente se *visualiza* la realidad proyectada. En el artículo de 1976, en cambio, la imaginación es pensada como esencial al proyecto, pero porque es concebida más allá del aspecto cuasi-óptico de la misma que, en la obra de 1950, parece ser predominante:

> [E]n general, la imaginación opera como una espera en la tensión del querer, imitando la presencia de lo irreal. En el límite, la complacencia con la imagen puede fascinarme de tal manera que lo imaginario se convierta en una coartada para el proyecto, librándome de la carga de realizarlo. Si bien también es cierto que lo imaginario puede facilitar la acción: pintándome la acción con vivos colores, la imaginación me conduce como por los aires hasta el juramento que me hago a mí mismo." (2008:58).

Con la imaginación articulamos un mundo posible a través de la experiencia previa del mundo real. Según esto, la imaginación, inevitablemente, es reproductora, en el sentido empirista (Hume). En esta dimensión individual, relativa al proyecto, también puede ser entonces patológica en la medida en que nos desconecta de la realidad, de una dación productiva y afirmativa de la voluntad. Así, la imaginación puede "seducirnos" y "fascinarnos", como proyecto que deviene mero "sueño", o también como rumiación indecisa, gobernada por un "gusano roedor" (p.96) que transforma la pre-visión en un afán por querer controlar de antemano todas las posibilidades, generando, al contrario que tranquilidad, "angustia". La imaginación puede contribuir al esfuerzo de la voluntad, pre-sintiendo el goce del objeto, ensayando caminos, acciones y posibilidades en un mundo que es concebido, en esta obra, como de "(…) un conjunto complejo de resistencias y puntos de apoyo, de muros y de caminos (…)" (p. 67). Así, la imaginación "nos conduce hacia delante de nosotros mismos y en un mundo irresuelto y pleno de promesas y amenazas" (p.114-115). Por consiguiente, en esta estela existencialista, Ricoeur le

concede a la imaginación una función inevitable y productiva, siempre y cuando no se deje arrastrar por la indecisión. La acción en el mundo real requiere en muchos casos del salto, de la corazonada, en suma, de la improvisación que no había sido imaginada.

4. Conclusión: ¿Cómo escapar a las patologías de la imaginación?

Frente a la distinción de una imaginación colectiva y otra de tipo individual, debiera comprenderse que están relacionadas. La imaginación individual se aprende y ejercita, y sus posibilidades están delimitadas culturalmente. Las ideologías y las utopías, sanas o patológicas, son las que, entre otros elementos, alimentan y estructuran nuestra imaginación individual relativa al proyecto. Pues cuando proyectamos nuestro mundo subjetivo estamos articulando al menos, de un modo "ciego", un basamento ideológico relativo al funcionamiento de la realidad, y si tenemos una conciencia histórica y todavía una cierta esperanza respecto al futuro, también estaremos pensando en uno que articule comunidad y perfectibilidad, en una palabra, utopía. No obstante, creo que, si al menos en un nivel básico no podemos erradicarnos de la ideología, la utopía, en cambio, en tanto narración, llega de otro modo que la ideología, que se desliza subterráneamente en prácticas. Las utopías, ciertamente, han entrado en crisis, porque el futuro se encuentra de algún modo u otro clausurado. Todavía persisten, no obstante, narraciones y planteamientos de ciertas formas de vida relativas a la vida buena, pero no son utópicas porque no denuncian al presente ni tienen conexión con un todo comunitario. Pienso en todas las fantasías neoliberales que justamente sitúan en un lado secundario a la comunidad, dejando en las manos del sujeto toda la responsabilidad por devenir exitoso, dichoso, etc. La imaginación proyectiva individual, si no es, al mismo tiempo, en alguna medida, utópica, es patológica por ser egoísta.[7]

Pienso entonces que, de un modo u otro,es muy fácil quedar capturado en el funcionamiento patológico de la imaginación: si hay exceso de utopía, ausencia de utopía, o incluso utopía "sana", porque ella es a la vez, paradójicamente, patológica. Por otro lado, considerando el lugar de la imaginación en tanto asociada a las pasiones, nadie está exento, de

[7]En relación a esto, me llama la atención la creciente fascinación contemporánea, desde mitad del siglo pasado, por las distopías, antes que por las utopías. Si la ficción nos sirve para reevaluar nuestro tiempo y ensayar acciones y valores y formas de vida, ¿no parece como que, con las distopías, nos estamos preparando imaginariamente frente al "apocalipsis"?

una vez y para siempre, de la voluntad pasional. Al contrario,ya que la dimensión ética, en tanto perteneciente al mundo práctico, está vinculada inevitablemente a los afectos y a la proyección imaginativa, que corre constantemente el riesgo de devenirenferma, tal como he descripto más arriba. En este caso, el germen patológico es el exagerado amor al sí mismo, en sus múltiples variantes. Si aceptamosla realidad de este panorama más bien generalizado de la imaginación patológica, ¿cómo escapar a sus trampas?¿Es posible? ¿Es deseable? Quiero decir: ¿acaso no hemos aprendido a vivir en un mundo "enfermo" que nos dice: "para qué el esfuerzo, si no hay futuro"? Quizás el principio de una resistencia saludable consista en seguir pensando en la posibilidad y la deseabilidad de la conformación de una subjetividad y una estima de sí que no devengan "soberana" ni "arrogante", al decir de Ricoeur. Extender el análisis y considerar, como el caso de la utopía, una imaginación patológica que es al mismo tiempo sana. En definitiva, volver sobre la idea de lo "mixto" en lo humano, para visualizar posiciones variables en un espectro posible de mutua afectación, lo que sería útil a la hora de intentar encontrar lo sano *en* lo patológico y lo patológico *en* lo sano.

5. Bibliografía:

- Ricoeur, P., "La imaginación en el discurso y en la acción" [1976] en *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II,* México, FCE, 2002.
- Ricœur, P., *Escritos y conferencias III: Antropología filosófica*, Bs. As., Siglo XXI, 2006.
- Ricoeur, P., *Autobiografía intelectual* [1995], Bs. As., Nueva Visión, 2007.
- Ricoeur, P., *Lo voluntario e involuntario* [1950], Bs. As., Docencia, 2008.